

ERLE STANLEY
GARDNER

PERRY MASON

EL CASO DE
LA SIMPÁTICA
IMPOSTORA



BOSCHÉ

Un cliente nuevo visita a Perry Mason, es una bella mujer pero se niega a revelar su nombre, tan sólo se identifica como «60-90-60». Todo lo que le pide es protección durante unos pocos de días. Ciertamente, la bolsa llena de dinero en efectivo que lleva no es la cesta de la compra. De hecho, su clienta testaruda, va encaminada al desastre no sólo en las garras de un chantajista, también en una trampa mortal de la que la brillante mente de Perry Mason parece incapaz de ayudarla a salir.

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ADLEY William: Agente de policía que descubre el cadáver.

BAFFIN Joyce: Empleada joven y bonita de la Compañía Importadora y Exportadora Escobar, de San Francisco.

BAKER: Agente de policía de los Ángeles, no muy seguro de su misión.

BILLARD: Sastre especializado en prendas hechas a medida.

BROWN: Agente de policía, compañero de Baker.

CASSEL Moray: Extorsionista de alto copete.

DOUGLAS Diana: Simpática y bella protagonista de esta historia. Pero tan embustera como bonita.

DRAKE Paul: Dueño de una agencia de detectives, y la mano izquierda del famoso abogado Perry Mason.

ELLIOTT Juez: Hombre muy severo, pero justo.

GAGE Franklin: Propietario de la Compañía Importadora y Exportadora Escobar.

GAGE Homer: Sobrino del propietario de la mencionada Compañía.

GERTIE: Recepcionista de Perry Mason, romántica, curiosa y sensiblera.

GRIMES Stella: Empleada de la Agencia de Detectives Drake, bella y escultural... y con un revólver metido en su escote.

GURLOCK FLOYD Ralph: Ayudante del fiscal del distrito, antagonista de Perry Mason ante el cual tiene finalmente que rendirse.

MASON Perry: Famoso criminalista, protagonista de esta historia. Dinámico, inteligente y con un caso muy difícil entre manos.

SMITH: Taquillera del aeropuerto de Los Ángeles.

STREET Della: La mano derecha de Perry Mason. Su secretaria particular, siempre enamorada de su jefe.

Prólogo

Durante muchos años, los libros de Perry Mason los he dedicado a los personajes más eminentes en el campo de la medicina legal. En su mayoría, dichos personajes son forenses (médicos legales) y patólogos (expertos en enfermedades y heridas), cuya destreza para determinar la *causa* de una muerte ayuda a condenar al culpable y a proteger al inocente.

La causa de una muerte es siempre una cuestión médica.

La manera de morir, por otra parte, nunca es una cuestión médica. Si, por ejemplo, la *causa* de la muerte es una bala en el cráneo, la *manera* de la muerte es determinar si la disparó la misma víctima, si fue un caso accidental, o si fue otra persona la que perpetró el crimen.

Jack Cadman, director del laboratorio criminalístico del sheriff del condado Orange de Santa Ana, California, es un experto en la determinación de *la manera* de la muerte.

Uno de sus primeros casos trataba de una joven muerta por la espalda con una carabina. Los dos principales sospechosos eran el esposo y un amigo de éste. Cadman pidió las ropas que ambos llevaban la noche del crimen, y halló unas gotitas microscópicas de carne y sangre que habían salpicado el suéter del amigo; éste aceptó su culpabilidad y el caso quedó solucionado sin necesidad de proceso.

Poco después, hallaron muerto en un granero a un conocido «asesino de alquiler». Su aplastada cabeza parecía haber sido pisoteada por un caballo. Jack Cadman examinó el cabello y el cuero cabelludo del difunto, y descubrió di-

minutos fragmentos de polvo y unas astillitas de madera. Esto inició una búsqueda por entre un enorme montón de leña, en busca de un palo o madero que Jack sugirió podía tener un metro de longitud. Lo hallaron y el examen al microscopio reveló unas depresiones recientes, causadas por los cabellos de la cabeza al ser comprimidos contra la madera. Los pelos y las microgotitas de sangre de la cabeza de la víctima confirmaron que aquélla era el arma que había causado la muerte.

Se encontró un sospechoso; el robo fue el motivo, y de ello resultó otra confesión de culpabilidad.

Jack Cadman es conocido internacionalmente como inventor del método Cadman-Johns para detectar el alcohol en la corriente sanguínea mediante el empleo del gas cromatográfico. Este método es tal vez el más perfecto de cuantos se conocen hasta la fecha. Puede realizarse el análisis en quince minutos, en lugar de las dos, tres y hasta cuatro horas que requieren los demás.

Cadman se ve muy solicitado como conferenciante en las asambleas científicas y en las universidades del Oeste.

En la actualidad, se ha trasladado a un laboratorio moderno y eficazmente equipado, ilustrando lo que la ciencia puede lograr en las pruebas que atan al criminal al escenario de su crimen.

—La solución del problema de la criminalidad radica en la ciencia —afirma Cadman, mientras vigila sus microscopios esteroscópicos y *ultra-pak*, su refractómetro, sus tablas de investigación y dragado con sus aplicaciones al vacío, y otra docena al menos de instrumentos modernos para la lucha contra el crimen.

Nos hallamos en la era espacial, pero la lucha contra el crimen no mantiene el ritmo con otros descubrimientos científicos realizados desde la Segunda Guerra Mundial. Tan pronto como el pueblo norteamericano esté dispuesto a conceder a este problema la debida atención y la prioridad oportuna, podremos elevar los índices actuales de «so-

lucionado» y «convicto» tal vez desde el 10 al 90 por ciento.

Cuando el crimen verdaderamente no pague dividendos, todo criminal lo pensará dos veces o tres antes de cometer un delito. Cuando sepa que tiene nueve probabilidades contra una de ser descubierto y encarcelado, el crimen perderá para él todo atractivo. Pero hasta que esto ocurra, ¿por qué continúa la gente cometiendo crímenes? ¡Porque es un negocio provechoso!

Por tanto, dedico este libro al eminente experto en el campo de la ciencia forense:

JACK CADMAN

Director del laboratorio criminalista del sheriff
del condado de Orange, Santa Ana, California.

ERLE STANLEY GARDNER

Capítulo 1

Perry Mason levantó la vista de su escritorio cuando Della Street, su secretaria particular, apareció en la puerta del despacho que comunicaba con la salita de la recepción.

—¿Sí, Della?

—En la sala hay una joven que no quiere dar su nombre.

—Pues no la recibiré —declaró Mason.

—Ya sé cómo piensa usted al respecto —replicó Della—, pero creo que existe una razón para que la joven no quiera dar esa información.

—¿Qué clase de razón?

Della Street sonrió.

—Quizá fuese interesante averiguarlo.

—¿Rubia o morena?

—Rubia. Lleva un bolso negro y plano, como una bolsita, aparte del bolso normal.

—¿Edad? —quiso saber Mason.

—No más de veintidós o veintitrés.

Mason frunció el ceño.

—¿Está segura de que tiene más de veintiuno?

Della meneó la cabeza.

—No es posible saberlo mirando sus dientes —sonrió.

—¿Y sus manos?

—Tampoco es posible averiguar gran cosa de las manos de una mujer hasta después de los treinta —objetó la secretaria.

—De acuerdo —suspiró Mason—, que entre y le echaré un vistazo.

Della Street salió a la sala de espera y regresó rápidamente con una joven que temblaba de excitación al acercarse al escritorio.

—¿Señor Mason?

El abogado sonrió.

—No tiene por qué ponerse nerviosa —dijo—. Al fin y al cabo, yo soy un abogado, y si usted se halla en un aprieto quizá pueda ayudarla.

La joven se acomodó delante de la mesa escritorio.

—Señor Mason... yo... yo... tengo que desaparecer y no quiero que mis parientes puedan encontrarme.

—¿Por qué tiene que desaparecer? ¿Por el motivo de costumbre?

—¿Cuál es el motivo de costumbre?

Mason sonrió y sacudió la cabeza.

—Por favor, no me contrainterrogue, antes permítame interrogarla. ¿Por qué tiene que desaparecer?

—Tengo mis razones —repuso ella—. No creo necesario entrar ahora en detalles, pero es preciso que desaparezca.

—¿Y desea que yo la ayude?

—Quiero que usted se halle en situación de proporcionar, si llega el caso, el eslabón perdido que conecte con mi vida anterior. Pero no quiero que lo haga a menos que yo le dé el permiso y se lo diga, o a menos que se presenten ciertas circunstancias que tornen imperativo que usted se comunique con mis parientes.

Repiqueteó el timbre del teléfono de la mesa de Della Street.

—Diga... Sí, Gertie... ¿Ahora mismo...? ¿Es muy importante...? Muy bien, ahora salgo.

La joven miró significativamente a Perry Mason.

—Perdone un momento —dijo, y salió en dirección a la salita de recepción.

Mason contempló fijamente a la visitante.

—Me pide usted que confíe en usted.

—¿No confía en todos sus clientes?

—No del todo. Usualmente sé con quién trato y de qué se trata.

—Y usualmente le dan a usted un anticipo para defender a personas acusadas de un crimen.

—Sí, con cierta frecuencia.

—¿Y cómo comprueba usted que un cliente dice la verdad?

Mason sonrió.

—De acuerdo, ha ganado usted una baza —admitió.

—Usted los acepta confiadamente.

—No del todo —objetó Mason—. Toda persona acusada de un delito, inocente o culpable, tiene derecho a ser defendida. Tiene derecho a una defensa ante el tribunal. Y yo trato de concederle una representación legal.

—Pero usted procura defenderla a fin de demostrar su inocencia.

Mason meditó unos instantes, y luego habló, escogiendo cuidadosamente las palabras.

—Sí, pero sólo trato de que mi defensa sea eficaz. Nada más.

Della Street regresó de la recepción, le hizo una señal a Mason, y cruzó el despacho en dirección a la biblioteca legal.

—Tendrá que disculparme un instante —se excusó Mason—. Por lo visto, hay algún asunto importante que requiere mi atención inmediata.

—Ciertamente.

Mason se levantó del sillón giratorio, dio la vuelta al escritorio y le dirigió a la visitante una sonrisa tranquilizadora.

—Sólo será un momento —manifestó, yendo hacia la biblioteca.

—¿Qué ocurre? —preguntóle a Della Street, cuando hubo cerrado la puerta.

—Gertie, en la centralita telefónica —explicó la joven.

—¿Qué le pasa?

—Apenas lo sé. Ya conoce usted a Gertie, que es una romántica incurable. Déle un botón y cada vez lo pegará a un chaleco, y a veces incluso lo hace con un botón imaginario.

Mason asintió.

—Ha observado algo en la visitante, o se lo pareció; en fin, quizá sería mejor que usted hablara con ella.

—¿No puede decirme de qué se trata?

—Claro que sí —replicó Della—, pero no puedo evaluar lo que Gertie me confió, tal como usted quiere. En realidad, se trata de toda una historia.

—De acuerdo —asintió Mason—, veamos de qué se trata.

Cogió a Della Street por el brazo y la condujo hacia la puerta que daba a la recepción.

Gertie, sentada ante la centralita telefónica, se hallaba presa de una viva excitación, masticando chicle de una manera frenética, indicadora de su nerviosismo interior.

Gertie poseía una curiosidad insaciable. Siempre procuraba enterarse de los antecedentes de los clientes de Mason y con frecuencia, los investía de un ambiente imaginario que, en algunas ocasiones, resultaba extrañamente acertado.

Bastante gruesa, Gertie siempre estaba a punto de guardar dieta «la semana próxima», o «después de fiestas», o «tan pronto como vuelva de las vacaciones».

A pesar de que la salita estaba desierta, Gertie llamó a Mason hacia la centralita y bajó la voz hasta un tono apenas audible.

—La joven que está en su despacho —farfulló.

—Sí, sí... —asintió Mason—. ¿Qué le sucede, Gertie? ¿Ha observado algo raro en ella?

—¿Si observé algo raro? ¡Claro que observé algo raro!

Obviamente, Gertie saboreaba plenamente la situación y el hecho de ser el centro de la atención de sus dos oyentes.

—Bueno —exclamó Della con impaciencia—, cuéntaselo todo al señor Mason, Gertie. Al fin y al cabo, la cliente espera.

—¿Se ha fijado —empezó Gertie— en la cartera negra que lleva, y que coge de manera tan apretada?

—No he observado que la coja de manera tan apretada —replicó Mason—, pero sí he visto que tiene una cartera negra y un bolso de mano.

—Se trata de una cartera para cosméticos, una especie de neceser —explicó Della—. Del tipo que contiene un espejito en el forro de la tapa, visible cuando se abre.

—Y los cosméticos, las cremas y los peines se hallan dentro, ¿verdad? —preguntó Mason.

—No en esta carterita —le atajo Gertie con vehemencia—. Al contrario, se halla materialmente repleta de billetes de cien dólares, muy bien ordenados.

—¿Qué? —exclamó Mason.

Gertie asintió con solemnidad, gozando con la sorpresa de su jefe.

—¿Cómo lo sabes, Gertie? —quiso saber Della—. Vamos, cuéntalo.

—Bueno —explicó la telefonista—, esa chica, quiso sacar o meter algo del neceser. Lo abrió, y precisamente fue la forma de abrirlo lo que me llamó la atención.

—¿Cómo lo hizo? —se interesó Mason.

—Dio casi media vuelta en su silla, volviéndome la espalda, a fin de que no viese lo que hacía.

Mason sonrió.

—Y al momento, usted alargó el cuello tratando de ver qué ocultaba.

—Bueno... —vaciló Gertie—, supongo que todo el mundo muestra una curiosidad natural, y al fin y al cabo, señor Mason, usted siempre me pide que averigüe lo que pueda de los clientes que le visitan.

—Sólo fue un comentario —se disculpó el abogado—. No se inquiete, Gertie, y diga lo que vio.

—Lo que no comprendió esa chica —prosiguió la recepcionista— fue que tan pronto como me volvió la espalda y levantó la tapa del neceser, el espejo, situado en un ángulo dado, reflejaba el contenido del interior, de modo que mirando el espejo yo veía todo lo que había allí dentro.

—Dígame exactamente qué vio.

—Todo el interior de la carterita —repuso Gertie, de modo impresionante—. Y todo el interior no era más que un conjunto de billetes de cien dólares, muy bien colocados y atados en pilas, tal como los tienen en los bancos.

—¿Vio esto por el espejito?

—Sí.

—¿Dónde estaba usted?

—En mi mesita, al lado de la centralita.

—¿Y la joven?

—Sentada allí.

—O sea, al otro lado de la sala —comentó Mason.

—De acuerdo, pero yo vi lo que vi.

—¿Dice que ella se volvió de espaldas a usted?

—Sí, de manera muy ostentosa.

—¿Y luego abrió la cartera?

—Sí.

—Y cuando la tapa llegó a una angularidad de unos cuarenta y cinco grados aproximadamente usted divisó el contenido de la carterita.

—Exacto.

—Bien, dígame ahora: ¿sostuvo ella cuidadosamente la tapa abierta a aquel ángulo para que usted pudiera continuar mirando al interior de la cartera, o abrió la tapa hasta su máxima altura?

Gertie meditó unos instantes antes de responder.

—Pensándolo bien, creo que la abrió por completo, pero estaba tan asombrada por lo que había visto que hasta que usted lo ha mencionado no me he dado cuenta de todos sus gestos.

—Sin embargo, esa joven sostuvo la tapa en cierta angularidad el tiempo suficiente para que usted pudiese ver el contenido de la cartera.

—Creo que sí, señor Mason —concedió Gertie—. No se me ocurrió esto hasta que... ¡Dios mío, de qué manera contrainterroga usted!

—No quiero contrainterrogarla, Gertie —rió Mason—, pero sí deseo averiguar lo sucedido. Debe usted reconocer que si la joven levantó la tapa de la cartera y sostuvo el espejo en un ángulo dado para que viera usted el contenido, más bien debía esa muchacha estar ansiosa de que atisbara usted los billetes y no por ocultarle lo que había en el neceser.

—Nunca se me hubiese ocurrido mirarlo de este modo —confesó Gertie.

—Pues a mí sí. ¿Cómo sabe —añadió Mason tras una pausa—, que eran billetes de cien dólares, Gertie? A esa distancia no pudo ver la cantidad...

—Bueno... parecían billetes de cien... muy lisos y...

—Pero podían ser de cincuenta dólares solamente, ¿verdad? —preguntó Mason, mientras Gertie vacilaba—. O de veinte dólares...

—Tuve la impresión de que se trataba de billetes de cien dólares, señor Mason.

—Y por lo mismo, puesto que todo lo vio a través del espejito y desde tanta distancia —prosiguió Mason—, también podían ser billetes de un dólar.

—Oh, estoy completamente segura de que no eran billetes de dólar.

—¿Por qué está tan segura?

—Por el aspecto que tenían.

—Muchas gracias, Gertie. Le agradezco que nos haya advertido. Se ha portado usted muy bien.

El semblante de Gertie se iluminó.

—Oh, pensé que había metido la pata, por el modo como me estaba usted interrogando.

—Sólo trataba de poner las cosas en claro —replicó Mason—. Olvídelo, Gertie.

—¡Olvidar una cosa así! —exclamó Gertie—. Señor Mason, esa joven es... bueno, sé que va a ponerle en un compromiso. No es una cliente ordinaria.

—Cierto —admitió Mason—. No es una cliente ordinaria, motivo por el cual su caso me intriga.

El abogado palmeó la espalda de la recepcionista.

—Buena chica, Gertie —añadió—. Procure vigilar siempre a todos mis clientes, y si observa algo fuera de lo corriente, no dude en avisarme.

Mason y Della Street regresaron a la biblioteca.

—¿Qué opina, jefe? —indagó Della.

—Creo que Gertie vio el contenido de la cartera y que ésta está llena de billetes. Pero que sean de un dólar o de cien, nadie puede afirmarlo. No creo que Gertie haya podido ver la cantidad desde esa distancia, mirando por el espejito.

—Gertie posee una gran imaginación —dijo Della.

Mason asintió pensativamente.

—Lo importante —dijo después— es el tiempo que la joven sostuvo el espejito en aquel ángulo; lo importante es saber si nuestra misteriosa cliente deseaba que Gertie viese lo que contenía la cartera para comunicárnoslo, o si quería sacar algo y sólo la curiosidad innata de Gertie logró atisbar por el espejo... Hay que reconocer que Gertie posee una rapidez visual maravillosa, y que puede ver en una fracción de segundo mucho más que otras personas en cinco minutos.

Della echóse a reír.

—Además, su cerebro es una computadora que todo lo que ve lo multiplica por dos.

—Exacto —rió Mason—. Bien, vamos a ver a nuestra cliente.

Mason y Della regresaron al despacho particular del primero.